

---

---

# NOTAS

---

---



---

---

## CINCO HORAS CON MARIO

José María BERNALDEZ

---

---

Vino a buscarte José Esteban al estudio de Radio Nacional. Tú estabas preocupado por el cese-dimisión de Fernando Castedo, y las repercusiones que pudiera tener sobre la programación en general y tu espacio en particular.

Concretamente, aquella mañana habías tenido dificultades graves para poder grabarlo. Un grupo numeroso de intelectuales firmó una carta en la que mostraban su solidaridad con el equipo saliente y afirmaban su voluntad de no asistir más a las grabaciones de la Radio Nacional. «Vamos a ver a Mario Vargas Llosa y nos olvidamos un poco de todo este lío», te dijo Pepe Esteban, «hoy presenta en Madrid su última novela *La guerra del fin del mundo*».

Curiosamente Madrid era aquella mañana no solamente una ciudad de un millón de muertos sino de escasos automóviles, lo que os permitió llegar pronto al Club Internacional de Prensa. Abarrotada la sala interior, tuvisteis que optar por quedaros en la anterior, donde llegaba la voz joven del novelista peruano que respondía a las infinitas preguntas a las que se veía sometido. Volvías a ver, por vez primera, a J. J. Armas Marcelo, desde que lo despediste la semana anterior en el hospital enfermo de pancreatitis. Bromearon los tres sobre la delgadez de Armas y la cara de buen chico que se le ha quedado.

Mario Vargas levanta la sesión y aparece en la sala en la que os encontráis en olor de multitudes, que lo zarandean, lo miran, lo tocan, lo escuchan con devoción y recogen sus palabras como si de un nuevo evangelio se tratara. Mario Vargas es una mezcla, físicamente, de actor de cine, galán de los años cuarenta y un ejecutivo agresivo de los ochenta. En él prima más lo europeo, lo blanco que lo indio, lo indígena. Viste un impecable traje gris diplomático y camisa y corbata azules pálidos. Su sonrisa es de anuncio televisivo. A su lado camina

silencioso un ser más pequeño, como una copia de Mario Vargas pero más indio; quiero decir, con rasgos más indígenas. Es como una estatuilla reproducción fiel del gran ídolo al que el escultor hubiera dado intencionadamente un tinte más oscuro.

«Es Alvaro, uno de sus hijos», te susurra al oído José Esteban, lo que disipa tus dudas y deshace el momento de magia que habías comenzado a vivir. Los de la editorial no le dejan parar y aquí saluda a un embajador, allí a un ensayista, un poco más allá a unos reporteros de la televisión alemana, luego a una actriz en ciernes, después a un joven carroza. El personal es abigarrado y variopinto, la flor y nata de la casta crítica literaria, los directores de los periódicos y de las revistas, escritores rojos y azules, una especie de mercado abundante y voinglero en el que todos y cada uno de los asistentes se empeña en llamar la atención del peruano y contarle algo divertido, algo gracioso, intentar una cita para más tarde, recordarle un encuentro de minutos en el aeropuerto de Nueva York cinco años antes. Asistes divertido al espectáculo no sólo por los apuros que está pasando Mario Vargas sino por el conocimiento que tienes de la gente que se le va acercando. Ahora contáis con el refuerzo de José María Gutiérrez, el director de cine.

Mario Vargas se incorpora por encima del mar de cabezas y os saluda con la cabeza. Se abre paso como Moisés en las aguas del Mar Rojo y llega hasta el rincón en el que os habéis refugiado. Saluda efusivamente y se disculpa con un gesto imperceptible por el barullo que se ha organizado, aunque en el fondo se nota que está disfrutando como un



enano. «Estoy muy enfadado con el Pen Club Español», reprende a Armas y a José Esteban, «no vinieron ninguno de ustedes al Congreso de Venezuela ni a la reunión de Lyon». Los dos reprendidos intentan explicar lo inexplicable: las dimisiones que se han producido en la directiva del Pen, los trámites para formar una nueva, la inevitable lentitud de todas las gestiones españolas. Mario Vargas vuelve a la carga: «no son conscientes de la importancia que tienen los escritores españoles allá». Personalmente crees que es un elogio, aunque a Mario Vargas se le note encendido. Unos días atrás y en el mismo escenario, un escritor argentino, de cuyo nombre más vale la pena no acordarse, respondía a tu pregunta sobre cuál era el interés que nuestros novelistas despertaban en los del otro lado del océano; que ninguno, que no interesaban para nada. La desolación y el desánimo te invadieron en aquellos momentos, aunque ahora pienses que es más importante Mario Vargas que el argentino de infausta memoria. Un rayito de esperanza se abre paso en medio del pesimismo.

Hacéis ademán de despediros. Mario Vargas pregunta dónde váis. Decís que a comer por ahí. El peruano propuso ir con vosotros y se acerca a las relaciones públicas de la editorial y se lo dice; ésta os mira con ojos de enfado. Oís retazos de la conversación y conocéis la existencia de una comida que pagan los editores. Vargas insiste en irse con vosotros. Desolada, Mónica Piquer os encarece vivamente que a las cinco lo dejéis en el hotel, que tiene una entrevista con *El País*, lo que, indudablemente, son palabras mayores que todos comprendéis. Salimos a la calle, y el novelis-

ta que ha escrito sobre la guerra del fin del mundo quiere comer cocido madrileño.

En el restaurante no había cocido madrileño, lo que es lógico en una ciudad que hace todo lo posible por perder sus señas de identidad. Lo cambiamos por una fabada asturiana, lo que satisface sus gustos culinarios. «Le hubiera gustado mucho a tu madre», aprueba dirigiendo las palabras a su hijo, que se sienta enfrente de él y acaba de confesar que estudia en Cambridge y quiere ser crítico literario. Mentalmente te dices que pronto tendrá una columna en la prensa española. «Fue censor mío, me censuró *La ciudad y los perros* y apareció sin ocho líneas que este señor consideraba altamente peligrosas para la moral del pueblo español»; te has despistado con la fabada y preguntas de quién se habla: «De Robles Piquer», te dice Marios Vargas Llosa. «A Carlos Fuentes le prohibió completamente *Cambio de piel* por obscena; entre nosotros, este Robles Piquer está muy mal visto». «¿Cómo ha llegado una persona así a dirigir un medio de comunicación tan poderoso como la televisión del Estado en un régimen democrático?».

Se le habla de la vuelta de los franquistas, de la debilidad del gobierno UCD, del 23 de febrero. «Pero es que, además, han nombrado director del Prado a un cura. Eso parece como de esperpento». Alguien le dice que tú eres socialista. Mario Vargas te da efusivos recuerdos para su buen amigo Salvador Clotas: «Me enteré en estos días que le nombraron responsable de Cultura. Es todo un acierto. No podían haber elegido mejor». «Vi al Rey esta mañana a las diez. Estuvo muy amable conmigo y demostró tener un

gran conocimiento de la realidad latinoamericana; me dijo que había leído una novela mía. Debe ser, por lo que me contó, *La ciudad y los perros*». Se vuelve al tema de la televisión. Mario Vargas es contundente: defiende clara y rotundamente la necesidad de las televisiones privadas.

Por la noche, en el Instituto Iberoamericano de Cooperación, Mario Vargas te autorizará a recoger por escrito estas impresiones tuyas de su paso por Madrid. «Puedes reproducirlo, pero insiste en que soy partidario de la televisión privada». Dicho queda, Mario Vargas Llosa. Cuando te dejan en casa Juancho Armas y su mujer, te dice, a manera de despedida: «Hay pocos escritores que tengan el gancho de Mario». Suscribes sus palabras después de haber pasado cinco horas con Mario (Vargas Llosa).

---

## LA SEGUNDA REPUBLICA MAS CERCA

Feliciano PAEZ-CAMINO  
ARIAS

---

Cuando, con anterioridad al año 77, conmemorábamos, entre el miedo y la esperanza, el nacimiento de la Segunda República en la *fecha histórica* del 14 de abril de 1931, surgía con frecuencia la apostilla de la persona advertida que nos recordaba que, al fin y al cabo, se trataba de una repú-